ido más allá en observaciones é hipótesis; considerando que entre las funciones vitales está la que, sin ofender á Nebrija, podemos llamar desalimentación, y teniendo en cuenta el cambio contínuo de partículas, debemos creer que la vida es, ó por lo menos consiste en, una série de asimilaciones ó ganancias y desalimentaciones ó pérdidas que se realizan en el sér orgánico entre la cuna y el sepulcro... ¿No sirve? pues afánate, mortal que vives para morir; nunca sabrás cómo vives ni por qué mueres; pero ten presente que vivir es caminar á la muerte.

VII

La Muerte

¿Y qué será la muerte? Creyendo decir algo, los filósofos la definieron: «La cesación absoluta de las funciones de la vida.» Desde antaño se comparó la vida á una antorcha que arde, luego la muerte será antorcha que se apaga, y no hay definición de la muerte que no se refiera á otra incógnita, la vida.

«La muerte, dice Figuier, es la separación del elemento inmortal é imperecedero que entra en el conjunto de los otros dos elementos mortales y destructibles.» No acostumbra Figuier ser tan nebuloso. «La muerte, dice Michelet, es una flor, no en poesía, sino en realidad, porque es retorno de nuestro sér material á los vegetales, que ávidos recogen nuestros corpúsculos.» Para darles nueva vida, pudo añadir, y vendremos á parar con Campoamor, en que «es un cambio de frente de la vida», ó como dijo hace más de un siglo y con mucho tino el filósofo de Ferney: «morir es animar la naturaleza bajo otra forma.»

Para la iglesia, la muerte no es consecuencia fatal de la

vida misma, sino resultado del pecado original: si nuestro padre Adan no se come la manzana que le presenta nuestra madre Eva, no habría quien muriese; para Claudio Bernard, es la muerte «una creación ejecutada por medio de un acto plástico y regenerador, opuesto á las manifestaciones vitales.» Y con esto basta para comprender que sólo cuando sepamos qué es la vida, sabremos, si acaso, lo que es la muerte. Sin embargo, ese ejecutor del destino, simbolizado entre los antiguos por un viejo con guadaña, y en un fresco del camposanto de Pisa por una vieja con alas de murciélago, esa «mujer de corazón de hierro y entrañas de cobre,» como la definió Hesiodo, siega 3,600 vidas por hora, 86,400 por día, 27.886,000 por año, bastantes para abonar muchos centenares de caballerías laborables. Ya se comprende á qué océano inmensurable habrán dado lugar esos ríos de la vida, «que van á dar en el mar, que es el morir.» Un germano calculó que los muertos, solo de Adan acá, colocados juntos en capas como las sardinas, cubrirían siete veces el área del globo. De donde podemos deducir que acaso no haya en esta Tierra, en su etapa actual, partícula de oxígeno, ó de carbono, ó de fósforo, ó cualquier otro simple, á que no haya tocado alguna vez ser parte de un sér viviente.

A diferencia de la vida, la muerte es natural ó violenta; casi siempre inesperada, que para el mismo Matusalém, tras su nonagentésimo-sexagésimo noveno año, pudo ser triste morir si aún anhelaba vivir. Si fuera yo que Dios, establecería que la muerte viniera con su mohosa guadaña, cuando se la invocara, y no habría peligro, pues á todos nos llega la hora del dolor y la impotencia, que alguno se olvidara de llamarla. ¿Sería aceptable la perpetuidad de la vida? Sería un regalo de tanto mérito como la vida misma; se va con los años nuestra aptitud para los goces terrenales; se van nuestros parientes y deudos; se extingue la generación que nos acompañó, y teniendo del otro lado más amores y más intereses espirituales que en éste, llega

el día en que deseamos también partir. ¿La inmortalidad? ¡qué horror! Desgraciado Ahasverus condenado por sus culpas al tormento de no morir.

Tal vez... si todo y todos continuaran... si supervivieran el deseo y la aptitud... si juventud é ilusiones persistieran... ¡si fuera la incenescencia atributo humano!

Pero es ley que todo pase, y después de todo, la Providencia hizo bien en colocar la muerte al acabar de la vida, «porque, hermanos míos, ¿qué sería nuestra vida si la hubiese colocado al principio?» decía un predicador en cátedra.

Y asímismo, hizo muy bien en dejarnos ignorar la hora; saberla, sería perenne espada de Damocles sobre nuestras cabezas: pero, felizmente, si en el misterio de la vida estamos en tinieblas, en la realidad de la muerte nos hallamos en la noche; el cuerpo humano no es una máquina, sino un conjunto de máquinas ingeniosas por sí, por su combinación, y por la harmónica comunión de su funcionamiento, pero imposible prever cual miembro, cual resorte fallará primero y descompondrá el aparato. Acaso desde el nacer traemos el órgano deficiente que preparará el morir.

Nacer, morir, ¿cuál es preferible? La vida tiene dolores como tiene goces, y cada cual la aprecia según el lote que le caiga. «Bello es vivir,» dice el excéptico Espronceda; «la vida es un vacío,» exclama el resignado Job en su estercolero. Mientras vivimos, en cada minuto pecamos; muertos, no ofendemos á Dios ni suscitamos envidias, porque ya no somos obstáculo á la ambición de nadie. Por eso se olvidan faltas, por eso *de mortuis nil nisi bonum.* Atenas ostracisma á Esquilo y á Arístides, y, muertos, les erige estátuas.

Es que, si la muerte para el vulgo es el descanso, en los ilustres es el advenimiento de la verdad y la justicia; porque, al apagarse el faro, se hunden en la noche los murciélagos á quienes ofuscaba su irradiación. Esos Zoilos

que descubren manchas en el sol Homero, como Fabricio las encontró en el Sol, ese Green que le salió á Shakespeare, el Cecchi del Dante; Freron de Voltaire, Lander que denigra á Milton, Quinault detractor de Boileau, Segur sinapismo de Hugo; todos esos escarabajos y vivorezños que mortifican en vida á los que la posteridad adorará muertos, ante la tumba del genio desaparecen en la oleada de desprecio que el genio les lega.

El alimentar gusanos no es, pero dar de comer á muñidores sí es suficiente provecho para que nadie pueda negar la utilidad del morir; el sepulturero vive de su pala de hierro como el rey de su cetro de oro, el pontífice de su caliz, el poeta de su lira; ¿quién supier á quién ante la igualdad postmortem? La muerte es la gran igualdad... y la gran libertad.

Hay más; el nacer por sí solo no enaltece, mientras el morir á menudo inmortaliza, porque en la Historia de los humanos que merecieron historia, la tumba, que es conclusión, impresiona más que la cuna, que es principio; ésta hace pensar en el mañana siempre entenebrecido; aquella evoca el ayer siempre accidentado, allí una esperanza entre sombras, aquí una lección. Lancemos una mirada retrospectiva y veremos sobresalir en el escabroso campo del pasado, torres, fanales, peñas que brillan únicamente por la muerte, pocos por la vida, ninguno por solo la cuna; una bella muerte honra toda una vida, es una realidad, una honrosa cuna no es más que una esperanza. Lulio, San Estéban, Cornelio, lapidados; Jesús, San Dimas, San Andrés, San Pedro, crucificados; San Pablo, Carlos, la Gray, Dantón, decapitados; Ayax, Cleopatra, Catón, Lucrecia, Graco, Roland, suicidados; Bruno, Huss, Savonarola, Servet, Juana de Arco, Guatimocin, Hatuey, quemados; Cicerón, Arquímides, Viriato, muertos por la espada; Ney, Murat, Riego, Torrijos; fusilados; Plinio en Vesubio, Empedocles en el Etna, Mungo Park en la Libia, Franklin en el polo; todos estos se puede decir que á su vida sumaron su muerte, al

resplandor de su tránsito la gloria de su despedida. ¡Pero cuántos que solo á su muerte debieron su inmortalidad! ¿Quién se acordaría de Felícitas, de San Lorenzo, de Catalina Howard, de Carlota Corday, de Ana Bolena, María Stuardo, si hubiesen perecido tranquila y desabridamente de viruelas ó pulmonía? ¿Qué haría la Historia con los nombres de Luis y María Antonieta, si á la manera de Washington, Cromwell, Mirabeau, hubiesen muerto tranquilos en sus lechos como vecinos honrados? ¿Quién se acordaría de Cassas de Auvernia, que lo único que hizo en su vida fué morir, si, como Esquilo, hubiera sido aplastado por una tortuga que dejara caer un águila sobre su calva, ó si, como Fernando el Deseado, sucumbiera por una enfermedad que no podemos nombrar?

Morir como se debe ó no morir.

A todo lo cual podríamos añadir, que las épocas más célebres de un pueblo, son aquellas en que reinó la muerte, y que más de una ciudad y de una comarca se ha hecho histórica por solo un sepulcro. Cos, por cuna de Apeles; Mantua, por cuna de Virgilio, suenan menos que Ravena por tumba del Dante; Bethlém se recuerda por una cuna humilde, Santa Helena por un sepulcro glorioso, y aún esa Santa Helena, tumba, resplandece más que Ajaccio, cuna; muchos olvidan que Homero nació en Chios, en Constantinopla Chenier; pero tienen presente que en Malta feneció San Luis, que en Misolonghi sucumbió Byron. Régulo, en Cartago, debió su gloria á su muerte; César, conquistador de las Galias, murió en el Capitolio, y á su fama póstuma tanto contribuyó el puñal de Bruto como la Galia conquistada.

Después de todo, lo mejor es no morirse; no se prefiera, no, la muerte á la vida; pero prefiérase á la deshonra, como lo hizo Codro, y á la esclavitud, como lo hizo Caton, ambos con su catàstrofe sellaron su inmortalidad.

La muerte natural, que es la patriarcal, la que viene como consecuencia inevitable del detrimento de los órganos

que han cumplido el objeto que se les había asignado, raras veces ocurre; las influencias externas nos agotan prematuramente, y viene á ser violenta cuando no procede de la paulatina extinción de las fuerzas vísferas, ya causada en un segundo por un puñal asesino, ya en pocos años por el veneno de los pesares y privaciones, ó por la lenta acción de los placeres desordenados.

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar,
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y allegamos
al tiempo que fenecemos;
así que, cuando morimos,
descansamos.

¡Bien por Jorge Manrique! Antes de su época, en toda la edad media, la muerte, representada por un esqueleto, es entidad social, invisible, pero existente, personalidad familiar que promueve epidemias, alivia dolores, burla á los médicos, marcha al combate, gobierna las sociedades. Esa danza de los muertos, tan reproducida en siglos medioevales, sobre todo en Suiza, en que bailan príncipes, reyes y pontífices, esa danza macabra del puente de Lucerna, la pintada al fresco en el cementerio de Basilea y por error atribuída al genial Hans Holbein, ese poema del inglés Peter Plowma, es verdad que anulan gerarquías imponiendo la terrible igualdad de la tumba, pero no conmueven ni horrorizan; es la muerte que ríe, ó á quien el pueblo quería ver reir al objeto de no temerla; al poema

de Plowma, prefiero *El sueño de las carabelas*, de nuestro graciocísimo Quevedo.

Con una caravela sobre dos canillas entrecruzadas la representamos los modernos, desde que Torquenada adoptó ese distintivo para el estandarte inquisitorial, pero como dijo Lope de Vega:

«Es yerro pintarle caravela
Porque aquella es el muerto y no la muerte.»

En la teogonía India, la muerte siempre aparece riendo; en el Rig-Veda, no hay dioses mortíferos; la muerte, no siendo allí más que continuación de la vida, las viudas no son realmente viudas, viven en consorcio con la memoria del difunto.

No la temamos, no; aguardémosla con calma; ni mortifiquemos nuestra pobre vida pensando incesantemente, como los frailes trapenses, «que morir habemos»; ni nadie quiera ni tema morir, como la doctora de Avila, «del dolor de no morir»; pero tengamos presente que nuestras torpezas la aproximan, y cada peligro, cada enfermedad, es una admonición, un memento, es la muerte lanzándonos un *quos ego*, tremendo como el de Neptuno á las olas ensoberbecidas.

Mas si la muerte, única solución del problema vida, solo remedio de lo irremediable, y esperanza única de desesperados, es metamórfosis indispensable para renovar y perpetuar la fuerza, si no puede existir ésta sin esa insaciable vorágine que renueva sus resortes, ¿por qué ha de venir acompañada de dolores? Aunque un solo modo de venir á la vida, hay muchos para salir de ella ó para llegar á ese término que todos desean prorrogar lo más posible y que siempre parece prematuro, ó á lo menos intempestivo. Por lo general, no se teme el morir sino el modus moriendi; ¡si Homero hubiese hecho las tres Parcas como las tres Gracias!

Hay quien cree que, debilitada la sensibilidad, no se siente el morir; y no falta quien afirme, con Constantino, «que la vida en que entran es la única grata y verdadera.» Lucano dice que los dioses ocultaron á los hombres lo grato que es morir, á fin de que soportaran la vida; eso sostiene Séneca, y lo mismo, entre modernos, La Metrie y Baumé.

¡Lástima que sólo una vez se muera, y que nadie haya venido á dar fé! En verdad que ya es hora de que los muertos nos digan algo; hasta ahora callan, tal vez nuestros afanes espiritistas les hagan hablar de veras.

Rouviere sostiene que agonizar es un placer indecible; ¡si lo sostuviera después del experimento!

¡Y si ese cadáver que tenemos delante pudiera decirnos algo! Pero el que dejó ese cadáver contrajo los músculos faciales, retorció las órbitas con espanto, hizo gestos que no revelaban ese placer indecible.

Ni lo sintió Gravina, cuando despernado pedía un arma para abreviar; ni lo sintió... ¡vamos! es forzoso confesar que, salvo en viejos patriarcales, la vida se extingue con dolores; pero ¿son esos dolores fatales é ineludibles?

No lo creo así; la muerte es una ley, pero no un castigo; la naturaleza, siempre lógica, no pudo crear porque sí tormentos inmerecidos é inevitables. La culpa es toda nuestra; los abusos y excesos trajeron el dolor, como la desenfrenada prodigalidad de hoy trae la privación para mañana; sin los vicios en vida, la muerte vendría con la naturalidad con que se apaga una luz, con que se desprende una hoja de un árbol. Viveae bien y se morirá mejor.

Pero olvidamos que el placer de morir sin dolor vale la pena de vivir sin placeres; abusamos de los alimentos rompiendo el equilibrio que han de guardar con la fuerza digestiva; nos extralimitamos en los gustos y deleites, y hé aquí porque, como dice Zimmerman, «el decreto de muerte cae del cielo, pero lo agravamos con nuestra mala conducta.»

El hombre, con la civilización, ha ido exagerando cada vez más sus necesidades, y creando nuevas; con ellas, nuevas enfermedades y dolores. Ayer, Platon, vuelto de sus viajes, se admiraba de haber visto pueblos que llama mónstruos, porque eran *bis comedens in die*; hoy pululan los Sardanápalos, Lúculos y Heliogábalos, hoy los hay que viven para comer, y los hay también para quienes vivir es beber, *quibus vivere est bibere*, como de los galos dijo Marco Aurelio.

No es que prescribamos en lo absoluto los deleites; para el hombre, para el sér racional que sabe prepararlos, gozarlos y agradecerlos, los creó ciertamente la naturaleza; el hombre está facultado y hasta obligado á disfrutar con moderación todos los bienes que contiene el mundo; para su oido, así el poético gorgeo del ruiseñor como las sublimes melodías de Mozart ó Beethoven, para sus pupilas las inspiraciones que palpitan en los lienzos de Rafael, para su olfato la delicada fragancia de las flores; y con menos poesía, ¿hay placer en el humo del tabaco? ¿se encierra deleite en el zumo de la uva? pues no gozarlos sería demostrar desprecio al donador. El mal no está en el uso sino en el abuso, y pronto las enfermedades, que no son más que faltas de equilibrio en las funciones del organismo, nos advierten que nos hemos propasado, y nos arrebatan la facultad de gozar, anunciándonos vejez prematura y muerte dolorosa.

¿A dónde iría el temor que ella inspira, á dónde Cadalso y sus *Noches lúgubres*, Foscolo y su *Sepolcri*, Ana Radcliffe y Clemencia Robert con sus espeluznantes creaciones, el *Dies iræ* con sus anatemas, si, tornando á aquellos tiempos en que se comía solo para vivir y se bebía solo para apagar la sed, si en una palabra, adoptando usos patriarcales, hubiéramos también de dejar la vida con la sencillez de los patriarcas, y sin el lujoso aparato de ayes y contriciones, médico, tren funerario, rezos y lacrimosas despedidas?

En su sér material, siendo el hombre no más que un compuesto un poco más harmónico que otro cualquiera, morirá así como muere el árbol que ha concluido sus funciones vitales y tiene que dar lugar á otro, y se disolverá como la fruta que se pudre, con la diferencia que siendo mayor el número de sus elementos, más numerosos serán los nuevos compuestos á que dé lugar; los órganos irán debilitándose simultáneamente y sin dolor, porque éste procede de la falta de equilibrio en alguno que no funciona al igual que los demás, y mientras la pureza de costumbres nos previene contra ese desequilibrio, la santidad de intenciones nos librará de las punzadas del remordimiento.

¡La conciencia! hé ahí el torcedor despiadado de la hora suprema; el acusador implacable que trae los dolores del alma; el abuso del deleite, hé ahí el origen de los del cuerpo. Que ante todo acalle su conciencia el que dió motivo á la acusación. No tema la muerte quien fué consuelo de sus prójimos, quien deja lágrimas; tiemble ante ella el sórdido ególatra que atropelló los derechos de sus semejantes.

¿Qué son los dolores del cuerpo junto á los del espíritu? Abrid los libros de la Historia, dejad á un lado el martirologio y la inquisición y demás hecatombes que promovió el interés; en alguna página veréis un sér, quizá un justo, un Régulo, que atado á un poste, expuesto al sol, desnudo y untado en miel, muere lentamente en medio de los más atroces tormentos, víctima de moscas, tábanos y avispas, que no dejan de él más que huesos... pues esa muerte lenta es más dulce que las instantáneas de Nerón y de Pedro I.

Tal vida, tal muerte; proverbio horrible... porque es axiomático.

¿No lo crees, lector? Acaso ríes; pues sigue tu vida de placeres é ilusiones hasta que suene la hora de la impotencia y el arrepentimiento; prosigue tu camino. ¡Ah! empiezo á dudar que tengas paciencia para continuar leyendo esta obra. ¡Lidiar con un muerto en pleno siglo diecinueve! El siglo pide bailes y modas, risa y ficción, y vida de hoy, y placeres efímeros, y olvido del mañana, y dolo, y... ¿quién piensa en cadáveres?

¡Y, sin embargo, allí está la farsa... aquí la verdad!